

CEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta; Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 65

AÑO XII

MADRID, DOMINGO 27 DE MAYO DE 1906

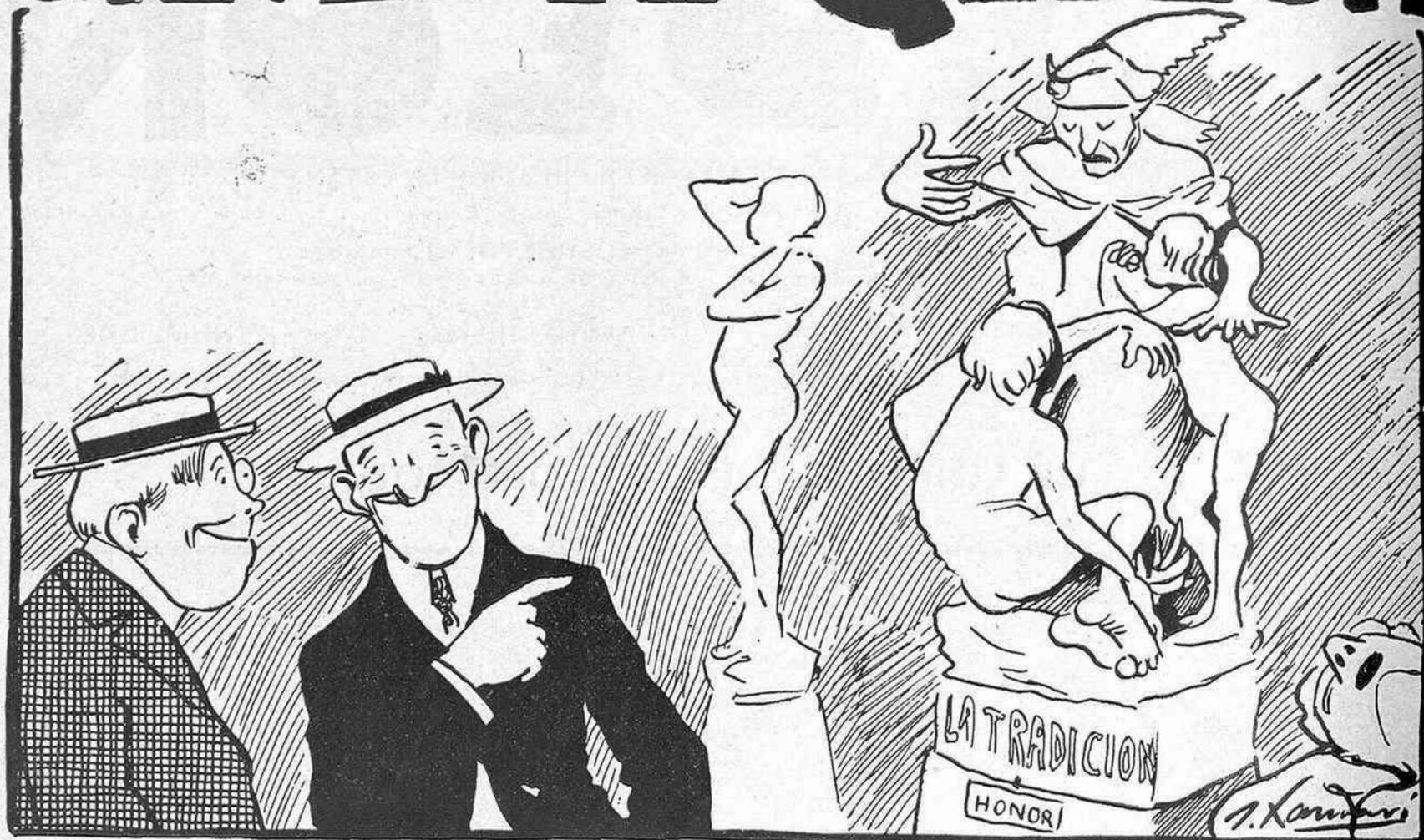
NUM. 548

CUADROS DE LA EXPOSICION



521.—«LA JUMA, LA RIFA Y SUS AMIGAS», POR HERMOSO;
O SEA EL SEGIS, EL MECO Y SUS AMIGOS

JUEVES DE QEDÉÓN



No, por ahí no, Calínez. Esa es la entrada del cuartel de la Guardia civil. Los crímenes están hacia la izquierda.

—Mira tú que ha sido previsión, digna de los mayores encomios, ésta de dividir un palacio entre las Bellas Artes y la Benemérita. Gracias á ello, si no das con el cuadro que deseas, puedes pedir que una pareja del 14.º tercio te traiga á su autor. ¿No has visto esas cuerdas de presos que entre dos guardias civiles van de la cárcel á la estación, ó de la estación á la cárcel? Pues así pueden venir aquí la mayor parte de los expositores á decirnos dónde tienen colgadas sus mejores obras, y no hay necesidad de comprar el Catálogo. De todos modos, ten por seguro que el Jurado, según lo que ha gustado su fallo, tendrá que salir entre guardias civiles y previos los tres toques de atención que dispone la Ordenanza. Pero ya estamos dentro del edificio. ¡Qué novedad, Pita en el vestíbulo!

—Hombre, sí; qué cosa más rara: Pita junto al paragüero. Indudablemente, esta Exposición nos prepara grandes sorpresas. Primero damos con la Guardia civil, después con Pita, luego puede que haya cuadros y esculturas. Vamos á saludar á Pita. ¡Qué hombre tan grande: por él no pasan Exposiciones! El arte va en España de Pita en Pita, y él más terne que nunca. Cada barnizado le rejuvenece diez años. Se conserva mucho mejor que el edificio. Salud, amigo Pita: ¿cómo tiene usted el de *San Isidro*? ¡Caray, yo me acuerdo muchísimo de su pobre tío de usted D. Alejandro, jefe de vigilancia que fué de Madrid! Siempre metido entre gente maleante, y usted entre expositores. ¡Lo que es el sino de las familias! ¿Pero qué te sucede, Calínez?

—Que acabo de ver una gran novedad.

—¿Otra? ¡Si te digo que esta Exposición está llena de sorpresas! ¿Qué novedad has podido ver después de ver á Pita cerca de los paraguas?

—He visto *La Tradición* de Querol. Mírala, allí la tienes.

—¡Cielos, es verdad! Se me resistía la idea de dar con algo tan nuevo. Pues, efectivamente, es *La Tradición* de Querol, la tradición más tradicional que se ha esculpido sobre la tierra. La misma vieja, la misma toca, los mismos chicos... ¡Qué sorpresa tan abrumadora! Es una obra piramidal, pues de ella se puede decir lo que dijo Napoleón de las propias Pirámides: «Desde lo alto de ese grupo, catorce siglos os contemplan». Aún no había nacido Benlliure, y ya Querol esculpía esa vieja contando brujerías de él. ¡Qué sorpresas, qué sorpresas! Pita, *La Tradición*... Pasemos á las cuerdas.

—¿A las cuerdas? ¿Pero estamos acaso en una Exposición de Caballería?

—No, Calínez. Es que á los expositores se les ha ocurrido llamar cuerdas á los departamentos grandes del Palacio, por lo cual, cuando pegan la última pincelada á su obra, dicen: «ahora, á la cuerda», y aciertan

—¿Y cómo el Jurado, que es tan moral, permite que los cuadros se monten en las cuerdas? Yo no lo hubiera consentido, y eso que no llevo hoja de parra, como Pradilla encima de los pinceles.

—Mira, Calínez, déjate de reflexiones de esa índole, porque así no daremos nunca la ojeada sintética á la Exposición que le hemos prometido al *trust*, cada día más escaso, de nuestros lectores. Súbete el cuello de la americana, porque en este alcázar del be-

nemérito arte hay cada corriente de aire de cuadra, que constipa, naturalmente, al más pintado, y empezamos á ojear como Dios manda.

—Veo, veo...

—¿Qué ves?

—Un rebaño de ovejas, otro de vacas en dispersión, una torada en la dehesa y un hombre muy grande luchando con una fiera mayor.

—Bueno, ya estamos entre animales. Así da gusto empezar. Las ovejas son de Iborra; las vacas dispersas por los campos argentinos, de Vila Prades; la torada de la dehesa, de Martínez Vargas Machuca, y los dos brutos que luchan, de Llacer. No hemos perdido la Sala grande.

—¿Pero no estamos todavía en las cuadras?

—Aún no.

—Entonces se han escapado esas bestias.

—Puede.

—Además veo un obispo.

—No, Calínez, será el dueño de la *menagerie*.

—Te digo que es un obispo. Un obispo morado que entra en una pobre morada.

—¿Un obispo entrando en una pobre?... ¡Si te digo que en esta Exposición nos aguarda cada sorpresa! Pues tienes razón, es *Su Ilustrísima*, de Fernández Ardavín. Un prelado que acaba de salir de casa del tintorero y va á secarse al Asilo de Santa Cristina con el soplo de Aguilera. Por cierto que allí hay otras dos pobres, arrimadas á una tapia, que tuercen el gesto de disgusto. Mira á ver de quién son.

—Son de Alberti. Es decir, la chica es alquilada. La madre de ocasión le riñe porque no ha sacado bastantes limosnas para tapar sus dos bocas.

—¡Pobrecitas! ¡Con qué gusto asistirían á aquel banquete romano, en el cual todos se han atracado de naranjas!

—¿Qué banquete, Calínez? No digas disparates. Es *La muerte de Petronio*, por Pinazo Martínez.

—¿Y con qué le mató? Pues yo no veo el cadáver. ¿Pero cuál de esos dos que están en el triclinio es Petronio?

—¿Cómo quieres que represente á Petronio la figura echada, si es una figura de mujer? Petronio es el que se inclina sobre ella.

—¡Anda, anda! Si le ve caer el Jurado, le cuelga á Petronio la hoja de parra en el postrer aliento. En fin, contemplemos *La batalla de Rocroy*.

—¡Es todo un lienzo de pared!

—Ahí tienes nuestras glorias antiguas gallardamente interpretadas por Morelli. Y observa cómo se cuidaba entonces el uniforme en el Ejército español. Después de un largo combate, parece que aquellos soldados y aquellos generales acaban de salir de la sastrería. Y ahora... ¡Rocroy con Weyler! pasemos á la Sala segunda.

—Yo creí que ya estábamos en ella

—¿Por qué?

—Porque me va pareciendo todo de segunda en esta Exposición. ¡Hombre, una bodal

—De Posada.

CUADROS DE LA EXPOSICIÓN



1.249.—MOZOS DE ESCUADRA, O PRESOS POR INMORALIDAD, POR CARLOS VÁZQUEZ

—¿Del Peine?

—No, Calínez, del apellido del autor.

—Y un bautizo.

—¿Tan pronto?

—¿No ves que es en la Huerta de Murcia, donde todo viene muy adelantado? ¡Caracoles con Medina Vera! Los abuelos llevan un chico á cristianar. Otro muchacho lleva un chico á cuestras, y los huertanos y las huertanas que vienen detrás... ¡Bautizo seguro para la próxima Exposición!

—¡Y pensar que á lo mejor todos esos chicos se quedarán huérfanos, como los de Andrade, por culpa de unas cerezas! ¡Infelices! ¡con tan poca fruta y en un paisaje tan grande! Por eso no se atreven á comérselas.

—O tal vez las imponga la proximidad de las *Pescadoras bretonas*, de Benedito

—¡Ah, son pescadoras! Yo creí que estaban tomando un baño de asiento. ¡Vaya una cachaza la suya!

—Es que han pescado ya.

—¿Y qué han pescado?

—¿No lo ves? Unas papalinas. Es la mejor pesca de Bretaña. Pero échate á un lado, Calínez, que vienen los bueyes del *San Isidro* de Plá.

—¡Caray! tienes razón. ¡Qué animales más largos! Y han echado un borrón.

—¡Qué borrón, si es el Santo! No te detengas: tócales á esas figuras de Muñoz Lucena la campana de la Vela, para que se apaguen de un soplo, y vámonos, ó al *Abismo* de Cabrera ó á la *Verbena* de Chicharro, que casi es igual

—¡Cuántos señores desnudos caen al abismo por pereza ó mala intención de los relojeros!

—¿Qué dices?

—¿No ves que les falta la cuerda?

—Es verdad.

—Y en la *Verbena* de Chicharro, ¡qué de chispas de colores! Si Salvador Rueda se embriagase y cambiara la peseta en rípios fulgurantes, no lo hubiera hecho mejor. En cambio, aquí tienes un trozo de pintura clásica: *El rapto de Europa*.

—¡Ah, sí! Pero no veo el rapto. Europa, con gualdrapas, se apoya tranquilamente en un toro. A mí no me parece eso el rapto de nada, sino un retrato de la mamá política de D. Tancredo. En fin, perdonen Júpiter y Sotomayor, y dediquemos una ojeada á los *Amigos de Mezquita*. ¡Qué bien los elige el hombre! Los está uno viendo cómo son, y en seguida se le viene á las mientes su caricatura. Un poco de guasa con los amigos hace más estrecha la amistad. A cierto crítico, amigo también de Mezquita, aun cuando no figura en el cuadro, le ha recordado éste nada menos que el entierro del conde de Orgaz.

—Por el cura, sin duda.

—Puede, Calínez. Pero no enterremos tan pronto á Mezquita con el Greco.

—Pues á esos dos gitanos que llevan prisioneros los *Mozos de Escuadra*, de Carlos Vázquez, sí que los van á encerrar juntos. ¿Qué habrán hecho los pobres?

—No son gitanos, Calínez, son miembros del Juado. Les llevan á la cárcel por el fallo.

—¡Justo castigo á tanta gitanería! Hombre, ya dimos con algo que valga la pena: *La Juma*, *la Rifa* y *sus amigos*. ¡Vaya una colección de cabezas bien he-

chas y de botijos recién hechos! Me encantan esas chicuelas juguetonas. Mira, mira cómo vienen á contemplarlas todos los viejos verdes que hay en la Exposición.

—¡Hermoso!

—¿Qué dices?

—Nada, Calínez, llamo al pintor y al cuadro.

—Veo que te gusta de verdad.

—Sí. ¡Qué lástima que esas chiquillas crezcan y que al autor se le vayan, como se le irán, estropeando los botijos de colores! ¡Ay, infeliz del que ha nacido Hermoso! Pasemos á la Sala de tercera.

—Vamos cuando gustes.

—Pero un poco de prisita, amigo mío, porque si no, esta ojeada sintética se va á parecer á la caída de ojos de Emilio Thuillier, el ultimador de la Ferri.

—¡Cuántos retratos hay aquí!

—Sí, Calínez, en esta Exposición dominan los animales y los retratos

—Y las corrientes de aire; mira como se siente *El frío en Sevilla*, según García Ramos. ¡Qué cuadro más bonito! Parece de los Alvarez Quintero. Las figuras bien pintadas y el asunto bajo cero.

—Más frío me da á mí aún *El Calvario* de Rusiñol.

—Quítale lo de vario y queda en cal, que es como lo imaginó su autor

—Pero no me negarás que tiene cierto ambiente de melancolía, de ensueño. ¿No te gustan esos cipreses?

—¡No me han de gustar! Pero no son cipreses.

—¿Pues qué son?

—Los escobillones de los encaladores, puestos de punta.

—¡Hombre! Un bodegón de Lhardy.

—Algunas veces come y pinta Agustín en su establecimiento.

—Está muy bien de factura.

—La factura es de Pepe Feito, su consocio y representante.

—Eso lo dices por envidia de los que comen y cobran bien.

—Bueno; sentiré *Las dos envidias*, como esas de Díaz Olano.

—¿Qué dos envidias? Yo no le llamaría así á un cuadro en el que una aldeanota pechuda y grandullona está separada por una vaca lechera de una señorita diminuta, pálida y vestida de blanco, sino *Las dos medidas lácteas*. O sea el azumbre y la gota de leche. Tira hacia la Sala cuarta.

—¡Anda, pues aquí también se cultiva el jugo! Fíjate en la *Pescadora bretona amamantando á su hijo* de Benedito.

—¡Buen trozo de pintura y excelente argumento contra el biberón, nada más!

—Pues le han premiado con primera medalla.

—Me parece muy bien. Lo mismo hubiese hecho Pucheta

—¡Ahí tienes otra primera medalla!

—¿Dónde, Calínez? Quítamela de encima con la punta del pañuelo.

—No; me refiero á *Los abuelos*, de Sotomayor

—*La madre*, de Benedito; *Los abuelos*, de Sotomayor... Aquí ya no se premia con primera medalla más que á la familia. ¡Y luego hablaban de Sorolla! Vámonos á otra Sala.

—Mira antes ese retrato de Seco de Lucena.

CUADROS DE LA EXPOSICION



614.—MIS AMIGOS, POR LÓPEZ MEZQUITA.
(GED EON APROVECHA LA IDEA PARA PRESENTAR A SUS AMIGOS PREDILECTOS).



270.—ESTIRANDO ROPA... VIEJA (PANTALONES DE SELLÉS, CASACAS DE WEYLER), ETC.
POR DÍAZ OLANO

—Y seco de todas partes, Calínez.
—¿Por qué se abrigará tanto?
—No es que se abriga, es que se está secando.
—¿Todavía más?
—Los huesos. Anda á la quinta de este año.
—Abre el paraguas, que cae *Un chubasco en la romería*, de Alvarez Sala.
—Sí que parece más de sala que de campo la romería. En cuanto al chubasco, creo que ya escampa, porque los romeros no dan muestras de un susto muy grande. ¡Qué lástima! El cuadro es bonito, pero demasiado Seco de Lucena. Con una lluvia más copiosa, el autor hubiese mojado la oreja á buen número de sus compañeros.
—Menos á los que, como Bertodano, se refugian *En la sierra de Córdoba*.
—¡Buena moza y excelente perdiz! Las dos cosas me gustan mucho al natural y estofadas por Bertodano.
—¡Qué cosa más rara! Blanco Coris, que no es ningún chiquillo, ha hecho una cruz en la nieve.
—¿Dónde?
—En *Mazarete*.
—Es verdad. Pa mí que nieva por allí. Abrígate, amigo mío, y entremos en las cuadras.
—¡Gracias á Dios! ¡Caray! Sancha, Méndez Brin-ga, Campuzano, Espina, Baroja, Lhardy, Larrocha, Peña... Pues se encuentra uno por aquí la mar de amigos. ¡Y qué agradables y qué simpaticones y qué

excelentes artistas todos! No salgo de mi apoteosis ni salgo de las cuadras así me aspen. Me gustan mucho más que las cocheras anteriores. ¡Que me traigan un pienso abundante y pernocto aquí!

—Imposible, Calínez; tenemos que ver aún las esculturas.

—¡Si no las hay!

—¿Cómo que no las hay.

—Son todas piedras.

—Algo encontraremos. Sal de la cuadra.

—No salgo.

—Bueno, pues ahí te quedas; yo abandono la Exposición. Si quieres algo para Pita, se lo diré con mucho gusto.

—Bien; dile de mi parte que hemos recorrido todas las salas del edificio sin dar con una sola idea, una emoción, una tendencia, algo intenso ó algo nuevo. Salvo *La Juma*, *la Rifa y sus amigas*, de Hermoso, y otra colección de mozalbetes que ha pintado también primorosamente, aunque escamoteándoles los pies, todo lo demás son cuadros en su mayoría bien hechos, pero de los que acusan á lo sumo retinas bien organizadas, y punto concluído. Dile, en fin, que hemos observado en esta Exposición que nuestros pintores, aun los que mejor dominan la técnica, desdeñan, como el ministro de Fomento Sr. Gasset, la facultad de pensar, exceptuando, por ejemplo, á Rusiñol, y si siguen así tendremos excelentes copistas del natural, pero ningún creador. En fin: te en-

cargaría que le dijese muchas más cosas si no me sintiera tan á gusto en esta cuadra donde voy á meditar sobre si la tradición de la pintura española se interrumpe definitivamente en Goya, con otras cosas de este jaez que traen enredados á mis compañeros de crítica y de habitación. É imita al Jurado, Gedeón, y no me corrompas las *Oraciones* de Meifrén, adjudicándome una primera medalla como á él. Lárgate ya; da unos besos á *La Tradición* de Querol, un abrazo á Pita, y no vuelvas.

—Pierde cuidado, Calínez. Esta Exposición, muy agradable para pasar un rato, es de las que no tienen vuelta. Vista una vez, á nadie le quedan grandes afanes de reincidir. ¡Ah! ¿Y qué hago con el paraguas que dejaste en el vestíbulo? ¿Me lo llevo?

—Llévatelo, pero sin que yo lo sepa.

—¿Por qué?

—Porque de otro modo tendría que gritar: «¡a ese, á ese!», y te tomarían por un expositor premiado. ¡Qué rebullicio en el Palacio! Todo el 14.º tercio saldría en tu persecución. ¡A ese, á ese! que se lleva un paraguas de primera clase. ¡A ese!

—Adiós, Calínez, que la cuadra te sea leve, y no abuses de la paja. Tiemblo por tí; conozco tu apetito, y todo es paja en esta Exposición. ¡Adiós, hasta la eternidad, donde nos hallaremos de nuevo con Pita junto al paraguero y *La Tradición* de Querol!



SEÑORES...

Si yo tuviera el vicio,
ya por necesidad, ya por negocio,
de ejercer esa crítica de oficio
que aún se llama «sagrado sacerdocio»;
si enfundado en la clásica levita,
con los bolsillos de papeles llenos,
tomara esa actitud que necesita
quien los trabajos analiza ajenos
para que todo el mundo
le tenga por un crítico profundo;
si ante el cuadro, el dibujo ó la escultura,
calándome los lentes
y ahuecando la voz y la figura
lanzara cuatro frases incoherentes
sobre si esta pintura «es muy jugosa»,
ó aquel torso «está poco modelado»,
tal nota «es ambientosa»,
cuál grupo «es un vaciado»,
ó este cuadrado que la gente exalta
«tiene... tiene... es verdad... pero le falta...»;
si, en fin, como esos fuera
doctores que se dan en todas partes,
mi opinión te dijera,
lector, á su manera
sobre la Exposición de Bellas Artes.
Pero yo, por fortuna,
no tengo pose alguna
y soy de tales gentes enemigo...
Modesto espectador de americana,
con sencillez mis impresiones digo,
á la pata la llana...
Y afirmo que, sin ser muy admirable,
es ésta Exposición algo estimable,
pues tiene un tono general de vida,
de juventud, de gracia y de frescura
que á meditar convida
en la resurrección de la pintura...

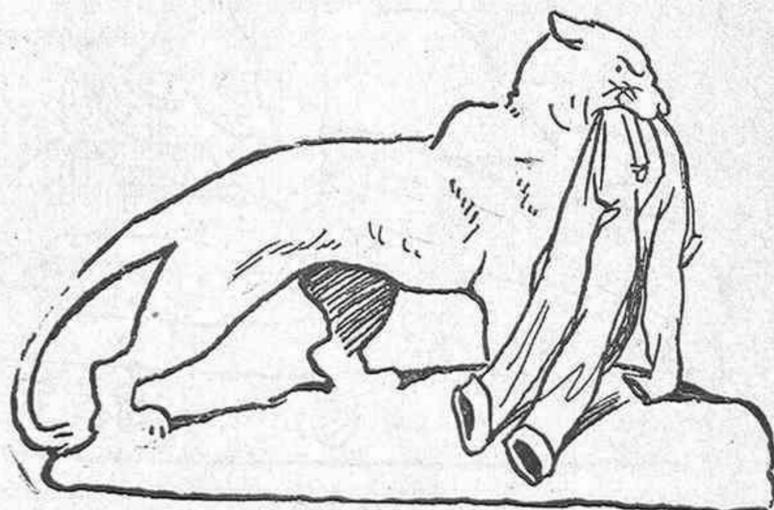
Hoy ya nuestros pintores,
del buen gusto, por fin, bajo el dominio,
hacen pocos terribles «interiores»
con sangre y exterminio,
muertes, desolación y otros horrores...
Hay poca *tesis*; se abandona el tema
—que fué en pasados tiempos una plaga—
de querer resolver cualquier problema
colocando el pincel sobre la llaga...
Y no queda ni rastro ni memoria
de los cuadros de historia,
que antaño dieron abundante plata,
cuyos grupos compactos
semejaban finales de los actos
con coristas de la ópera barata.
Tampoco hay, como en otras ocasiones,
esos cuadros de grandes dimensiones,
cuyo solo recuerdo nos asusta,
que embadurnaban la pared entera...
El más grande es un lienzo de Cabrera,
al que, por cierto—¡cosa más injusta!—
le han dado una medalla de primera,
por lo cual el Jurado
ha sido con justicia criticado...
Quizá no faltarán quienes reclamen,
pues dije *grosso modo*
la general bondad de este certamen,
que les diga lo malo sobre todo...
¡Ay! Hablar de lo malo y lo perverso,
que es tarea enojosa,
resulta muy cansado para el verso...
Ya queda dicho, en prosa.
Y en verdad no es preciso
ponerme en ese triste compromiso;
pues el lector discreto y avisado
que se pasee por las amplias salas,
dará en seguida con las cosas malas
que aquí no he mencionado.
Tome, pues, cualquier día
el modesto tranvía,
y entre en la Exposición y allí critique...
Lléveme á mí también... Mi compañía
no tema que sus juicios perjudique...



LA ESCULTURA

Lo primero que nos encontramos en la rotonda, donde se aloja una Sección de escultura montada, es la Exposición Querol.

No obstante ser presidente del Jurado, nuestro buen amigo no vaciló en adjudicarse el mejor sitio para colocar sus obras, demostrando así la verdad



IN EXTREMIS

del aforismo popular que dice, sobre poco más ó menos:

Aquel que parte y reparte
y en el partir tiene tino,
siempre guarda de contino
para sí la mejor parte.

Allí están, pues, muchas cosas de Querol, desde la famosa *Tradicición* hasta el *Mausoleo de Cánovas*, que no es tan famoso.

Al eminente escultor le preguntaban días pasados, señalando á uno de sus mármoles:

«¿Es obra del cincel vuestro?»

Y él respondió, señalando los que se extienden en quince leguas á la rotonda:

«¡Como todas las demás!»

Esta observación no es precisamente una censura. ¡Ya sabe el amigo Agustín que en esta casa se le estima y se le considera!... Y además, su



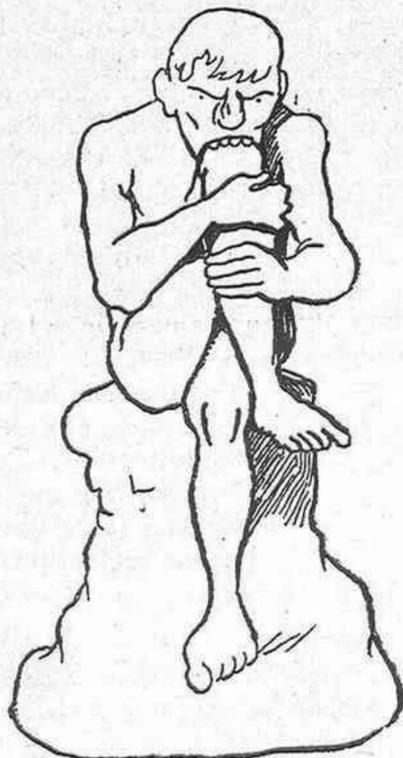
ENEAS Y ANQUISES

Exposición da tono á la escultura que se exhibe. Porque, en verdad os digo, queridos hermanos, que, salvo cuatro ó cinco cosillas—las de los hermanos Oslé, entre ellas,—no puede estar más floja la Sección.

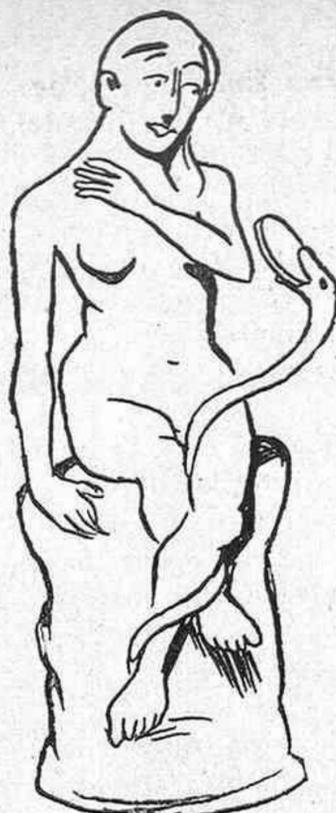
¡Se han lucido los escultores!



LA SED



REMORDIMIENTO



ETERNA EVA

llaut Valera, y en *Eneas* y *Anquises*, de su discípulo el Sr. Pérez y Pérez; pero no es precisamente á la grandeza del tamaño, á la que nos referimos.

Un paseito por aquellos salones convence, hasta á los más entusiastas, de la insignificancia demostrada por nuestros escultores en el actual Certamen.

Pensando en esto, Gedeón agrupó instintivamente algunas de las obras expuestas... ¡Todas son números de un programa de Circol!... ¿Se habrán puesto de acuerdo sus autores para darnos una función de títeres completa?... Indudablemente la Gimnasia y la Escultura tienen más puntos de contacto de lo que se cree á primera vista.

Quien suponga que Gedeón exagera, pase la vista por las citadas obras. Verá *El lazarillo de Tormes* (1.344), intermedio cómico por Tonino y su Augusto; *In extremis* (1.346), la fiera domesticada; *Desastre* (1.347), final de una pantomima; *Judit* (1.359), equilibrista con la espada; *En la pendiente* (1.374), descenso por la cuerda tirante; *Los primeros pasos*

¡Y luego querran que levantemos todos los días un monumento para darles trabajo!

Lo que más desagrada es la pobreza de los asuntos, el amaneramiento de la factura, la falta de grandeza escultórica que se observa en las obras expuestas.

Grandeza hay, por ejemplo, en el *Vencido*, de Cou-

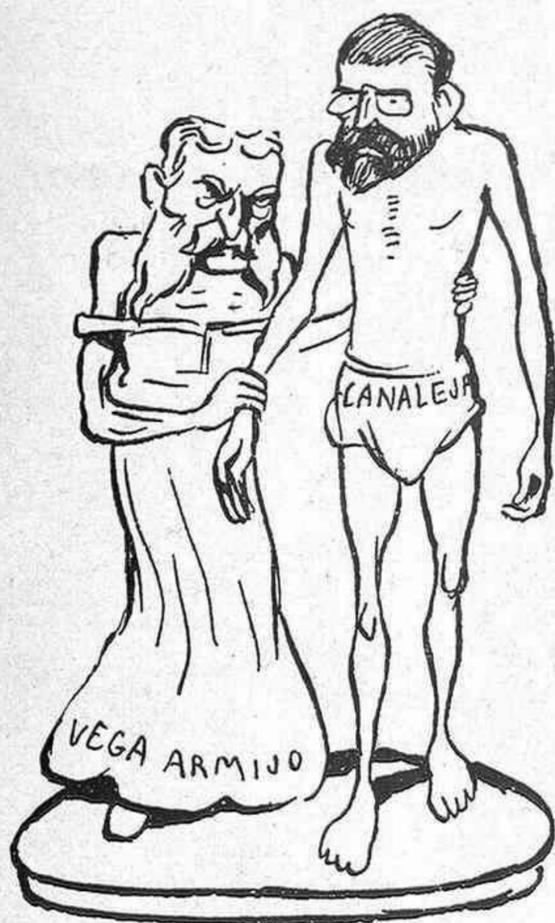


DESPUÉS DE LA COMUNIÓN



¡YO!

(1.415), el niño malabarista; *Eterna Eva* (1.421), domadora de serpientes; *Caridad* (1.440), la reina del alambre; *Eneas y Anquises* (1.442) y *Amor y celos*



ENERGIAS VENCIDAS

(1.467), acróbatas, cada cual á su manera; y otras de que no se hace mención, ni siquiera honorífica.

¿No es un programita de Circo completo?

Hay otras esculturas no menos graciosas, entre las que citaremos, desde luego, el *Remordimiento* (1.483),



ÚLTIMO CONSUELO

de Vallmitjana (hijo), que es, verdaderamente, el *Re...mordimiento* de una pierna, tarea en que se complace la figura; *El Ecce Homo*, de Verdaguer, irreverentísimo, pues el Divino Maestro aparece con la corona de espinas echada hacia atrás, como un sombrero... *Después de la comunión* (1.377), de Domech, ó sea una señora chupando un pilón de azúcar. El *Job*, que se ha caído y quedó sentado, mostrando

el dolor de salva sea la parte... *¡Yo!* (1.484), que es un anciano buscándose una pulga... Las *Energías vencidas* (1.339), precioso modelo para un anuncio de la Emulsión Scott... antes de tomarla, naturalmente...

Allí está *La sed*, de García González... ¿No es Gasset bebiendo su programa?

Allí está, en fin, nuestro buen amigo D. Eugenio Montero Ríos sostenido por sus dos hijos político-administrativos García Prieto y Vincenti... *Último consuelo* se llama el grupo... ¡Pobre D. Eugenio, qué poco consuelo tiene ya en este mundo!

Insistamos en la insignificancia de la Sección de Escultura de la presente Exposición.

Ella justifica *La protesta* que está allí colocada, y que á nosotros nos parece la de algunos artistas conscientes que se rebelan contra las medallas repartidas.



LA PROTESTA

El Rufo, la Petra y sus amigos

Al entrar en la Exposición, un bajo-relieve de unos isidros llama nuestro interés.

En sus caras, bronceadas por los aires del campo, se retrata el asombro. Azorados, vacilantes, no saben por dónde empezar la visita á la Exposición, y casi están á punto de volverse á Madrid, cuando uno de ellos, decidido, extiende con suprema arrogancia el dedo índice de la mano derecha y dice á la *troupe*: «¡Por allí! ¡Vamos adelante!» Y entran en la Sala primera de pintura.

Nosotros, que estimamos en más su opinión que la de muchos críticos vacunados de la propia ternera, los seguimos con la curiosidad de conocer sus opiniones.

Se detienen ante el cuadro de Xiró, *¡Fiat vita!*

Después de contemplarle un rato, dice uno de los isidros, rompiendo el silencio:

—¡También es gusto pintar los morrillos de una chimenea!

—¿Pues y estas dos lavanderas? ¡Que esmirriailles se han quedao las pobres!—exclama la Petra.

—¡Ya, ya! ¡Unos tanto colorete y otros tan poco! ¡Pues mira los chicos de la escuela que tenemos delante! ¡Mismamente con la itericia!

—Oye, ¿qué hacen éstos aquí, en el cuarto oscuro y en pelota?

—¿No estás viendo que es un lagar?

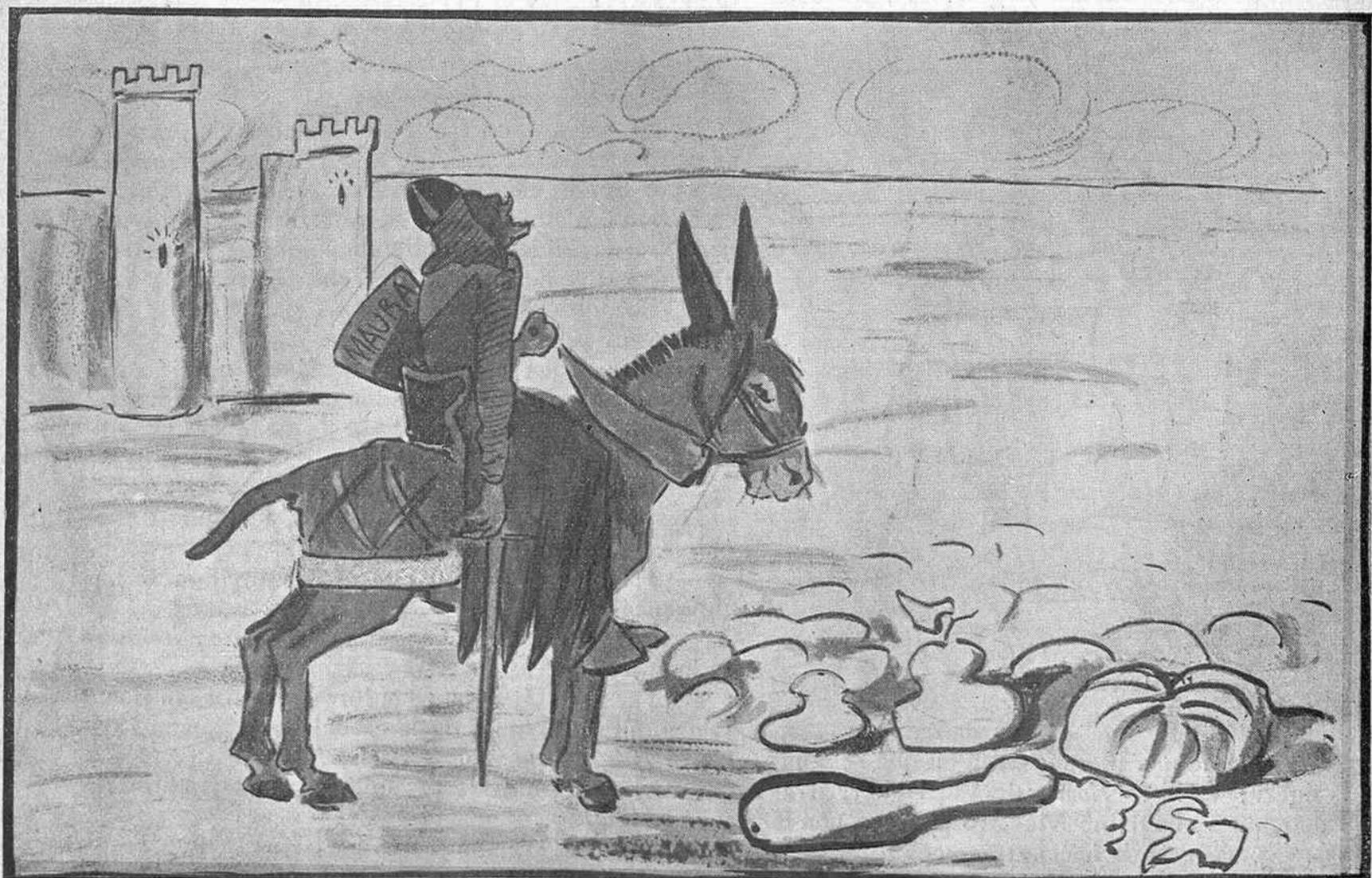
—Yo lo que veo es á uno con el as de bastos y un montón de buñuelos de viento.

—Ahora quítate el sombrero, que viene el obispo.

CUADROS DE LA EXPOSICION



1.069.—EL CALVARIO... DEL PAIS, POR RUSIÑOL



1.128.—SE VA ENSANCHANDO CASTILLA—DELANTE DE MI CABALLO, POR SANTAMARÍA

—¡Rediez y cuánto pobre! ¿Pues no aseguraban que los habían recogido?

—Eso digo yo, ¿para qué los habrán dejao entrar aquí?

—¡Oye, mira qué majas son estas vacas! ¡Paecen de seda!

—¡Ya, ya, á estos animalitos los deben dar una mano de barniz todos los días, porque cuidao que están lustrosos! ¡Se conservan como en un fanal!

—Orfeo en los infiernos: ¿qué será eso?

—Pues por la muestra, el título de alguna pantomima. ¿No los ves vestidos así como los titiriteros que van por la feria?

—¡Chico, qué grande es éste! ¿Como se llama?

—La Sidra. ¡Aquí debe haberse muerto alguien, porque está todo tan entornadito...!

—Mira, mira, ese señor de arriba: ¿no se le parece á un capitán de inválidos que tuvimos en casa?

—¡Es verdad! ¿Y por qué se habrá quedado paralítico el pobre?

—¡Vete á saber!

—Pues repara en aquel gigantón, que le llaman El vicio, dando zancadas. ¡Bueno se va á poner los pies con el añil!

—Muerte de Petronio. ¡Recontra, y estos festejan su muerte con una ensalada de zanahorias y berenjenas! ¡Qué malos sentimientos!

—¡Rediez con este cuadro que ha pintao Rocroy!

—¡Quita, mujer, ese es el título!

—¡Mí que es grande. ¿Dónde van á meterlo?

—¡Qué pocos alcances tienes! ¿No ves que esto es una batalla para una barraca de figuras de cera?

—Arrea para otra Sala, que aquí no hay más que ver.

—Se va ensanchando Castilla... ¿Qué querrá decir eso?

—Pues bien claro se ve. Ese que está ahí á caballo, con el sable.

—¿Qué harán aquellas hermanas de la Caridad sentadas ahí á la fresquita?

—¿Qué hermanas de la Caridad? ¡Si son unas pecadoras! ¡Mí que están propias! ¡Y qué serias!

—¡Toma! ¡Como que las mira todo el mundo!

—En cambio, este señor D. Alvaro se retira aburrido. ¡Mal se le ha debido presentar el negocio!

—¡Anda! ¡Pues si también tenemos aquí á San Isidro! ¡Y qué negrilla está el pobre! ¡Claro, siempre á la intemperie!

—Persígnate, pasamos delante de la Inmaculada.

—¡Ave María Purísima!

—Petra, ¿qué pone ahí?

—¡Hacia el abismo! Pues, mira, vámonos.

—¡Cuántos hombres desnudos! ¡¡Qué indecencia!!

—¿Y para qué le habrán dao una medalla á esto?

—¡Toma, para que así se fije la gente!

—El rapto de Europa. ¡Sí que está bien! ¡Qué guapete es el toro!

—¡Y el negro, aunque paezca mentira! ¡Bien estaría para adornar el salón de nuestro Ayuntamiento!

—Sí, pero no pega.

—Mejor que Mis amigos, que parece que están aguardando que llegue un tren para marcharse.

—Mira, mira las chicas de Fregenal; la Juma, la Rifa y sus amigas. ¡Qué bien las han retratao! ¡Si talmente nos están saludando!

—Lady Godiva.

—¡Lady... qué?

—Lady... vámonos, Petra.

Y mi buenos isidros, pasando como alma que lleva el diablo por las Salas chicas, haciendo la señal de la cruz delante de algunos lienzos, salieron á la calle, deseosos de respirar el aire libre y de ver si el sol, el cielo, los árboles, la tierra, tienen el color que en algunos cuadros habían visto.

—Qué, ¿os ha gustado?—les preguntó al salir uno de su pueblo.

—Chico, yo no entiendo de pinturas—contestó nuestro isidro,—pero á mí me parece que algunos del pincelito andan muy mal de la cabeza.



LA SALA DEL CRIMEN

Así se llama, como nadie ignora, la sala donde el Jurado manda colocar las obras que considera criminales, artísticamente hablando.

Está situada en la parte alta del edificio, y para llegar á ella hay que subir por unas escaleritas, como es natural, ya que aún no se usan los globos en locales cerrados.

El local que ocupa justifica la clásica copla:

Subí á la sala del crimen—y le pregunté al fiscal...

Y resulta asimismo un poco simbólico, pues á esa sala van á parar, generalmente, los pobres principiantes que se creen unos genios desconocidos por sus contemporáneos.

¡Estando tan altos, se hallan más cerca de la gloria!

Fácil le sería á Gedeón hacer cuatro chirigotas con las «obras criminales»; pero esto sería una crueldad excesiva, una falta de piedad indigna de su historia... Además... ¡quién sabe!... Acaso esas obras que el Jurado rechaza actualmente sean consideradas en los tiempos venideros como la más alta expresión del Arte; quizá entre esos autores denigrados esté el genio del porvenir... Meditemos... Pensemos en esto, ya que, por fortuna, no carecemos de la facultad de pensar, como algunos de los señores del Jurado... Y guardemos ante la Sala del crimen ese respetuoso silencio que los buenos y los sabios guardan ante todos los hechos de la vida...

¿No es cierto, además, que muchas obras de las que están abajo deberían figurar arriba? ¿No es verdad que algunos cuadros llamados «criminales» son perfecta y absolutamente inocentes y con todos los pronunciamientos favorables?... ¡Triste sino el de la noble institución del Jurado que hemos defendido todos los buenos demócratas! ¡Siempre se equivoca!

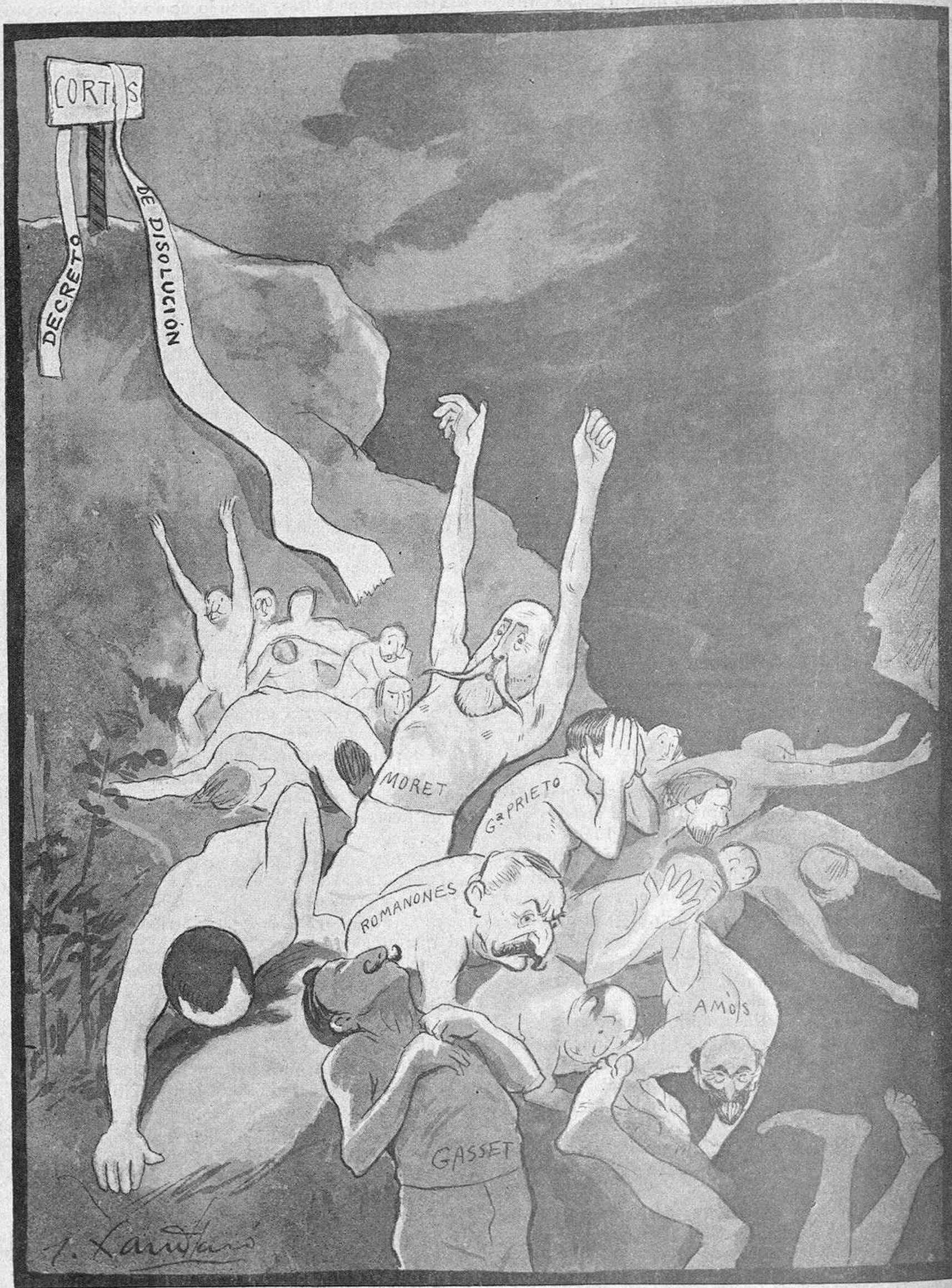
Y el de ahora se ha equivocado más que ningún otro. No nos referimos únicamente á las injusticias de la Sala del crimen; aludimos al ridículo veto que puso á los cuadros que creyó inmorales; y aludimos también á la concesión de las medallas.

El fallo ha levantado violentas protestas, ha merecido ágras censuras... Gedeón considera justísimas las censuras y las protestas, y une su voz y su voto á los votos y á las voces de los protestantes.

Y propone, como venganza y como ejemplar castigo, que no se llame Sala del crimen á la que alberga las obras deleznable, sino á la sala donde se reunió el Jurado para sus deliberaciones.

¿Hace, compañeros artistas?

CUADROS DE LA EXPOSICION



80.—«AL ABISMO!», POR CABRERA